

DEL SEMINARIO:

HIPERTENSION ARTERIAL



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"EL HOMBRE TRATA DE APRENDER
CADA VEZ MAS DE MENOS. HAS-
TA QUE LLEGARA UN MOMENTO
EN QUE SABRA CASI TODO DE
CASI NADA".

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL SEMINARIO SOBRE HIPERTENSION ARTERIAL

Señores:

La realización de este seminario llevado a cabo en homenaje a mi persona, es un honor que me ha halagado y que me ha abrumado.

A la Sociedad Ecuatoriana de Cardiología, a la Facultad de Ciencias Médicas y su Departamento de Medicina Interna, al Departamento de Enfermedades Cardiovasculares del Ministerio de Salud Pública, a los Laboratorios Merck Sharp & Dohme y de manera especial a sus dirigentes y ejecutivos, les presento mi más emocionado agradecimiento, al igual que a todas las personas que con su presencia han dado mayor solemnidad al evento.

Encuentro una rara coincidencia: en el mes de diciembre del año de 1947, justamente hace treinta y un años, inicié mi vida profesional presentando a consideración de los directivos de la facultad un trabajo de Tesis Doctoral que versaba sobre Colesterol, Aterosclerosis e Hipertensión y hoy la rubrico, asistiendo a un seminario sobre Hipertensión Arterial.

Al verme en una tribuna y al mirar al frente a mí a la juventud estudiosa de mi facultad, se despierta esa pasión incontrolable de la cátedra, y sin poder esquivar esta demanda, he resuelto dictar mi última clase.

Tratamos de Hipertensión, ¡más que podría agregar a su aspecto científico en

un tema magistral y exhaustivamente expuesto por eminentes cardiólogos de la medicina actual; por quienes fueron colegas de cátedra; por quienes fueron alumnos; por quienes son dilectos amigos! No encontrando en este tema asidero a mi pretensión voy a referirme a un aspecto que no consta en los programas de estudio, pero que no por ello puede pasárselo por alto. Me refiero al HUMANISMO DE LA MEDICINA.

En mi última obra presentada en la Universidad Central, consta una DEDICATORIA, desconocida por ustedes, ya que dicha obra aún no ha sido editada. Por esta razón la voy a leer en su transcripción literal: «Cuando tímidamente dábamos nuestros primeros pasos en una sala de hospital; cuando terminado nuestro aprendizaje morfológico enfocábamos la transición de la materia al espíritu, nos pusimos en contacto con el ser que vive en un mundo plagado de agresores y que sucumbiendo ante los mismos pasaba a ser el PACIENTE DE HOSPITAL.

»El fue el que, dándose su alma y su vida, nos dotó del elemento humano con que habíamos de forjar nuestra profesión de médicos.

»Con él constituimos dualidades indisolubles: su dolor, nuestra experiencia; su fracaso, nuestro estímulo; su triunfo, nuestro triunfo.

»Mi esfuerzo lo dedico al enfermo de hospital. Al que sufre y al que llora, ya que en el sufrimiento y en el llanto hemos vivido nuestra vida. La dedico a quien tuvo al dolor por compañero y a la esperanza por refugio.

»Al que desprovisto de bienes de fortuna nos enriqueció de gratitud, por un poco de ternura que pudimos ofrecerle».

En esta dedicatoria quiero que encuentren, amigos, la filosofía de mi vida...

De la cátedra hice el santuario de la formación del médico; y del hospital, el templo del servicio al paciente. Hermosa dualidad aquella, MEDICO — PACIENTE.

En este binomio radica en efecto el humanismo de la medicina.

Abandonando el Olimpo, Asklepios, portando en sus manos la copa de bebida salutífera y el bastón de viajero en el que se enrosca la serpiente, signo griego de la adivinación, bajaba a la Tierra para curar los males del hombre y para delegar al mismo hombre sus poderes. Y así, con la divinidad de un dios, y con los mágicos poderes del Olimpo, Hipócrates en la Escuela de Cos, inicia la medicina en la Tierra.

Cincuenta siglos de evolución, en cuyo transcurso el médico fue primero un dios; mago y brujo después; herbolario y alquimista luego; empírico y charlatán por mucho tiempo, para devenir en científico en el momento actual.

Justamente a nuestra generación y a la precedente les ha tocado presenciar la transición más sorprendente; el paso de una medicina científica a una medicina técnica, en la que encontramos avances impresionantes e impredecibles. En Cardiología, especialmente, miramos atónitos los progresos de la ciencia y de la técnica.

Nuestros antecesores, sin más armas que la anamnesis, la inspección y palpación, la percusión y auscultación, lograron diagnósticos tanto más certeros cuanto mayor era la influencia de ese nuevo componente que es la experiencia, elemento que sólo se consigue con

los años y la entrega. Todo este conjunto constituyó lo que denominaron el "ojo clínico", y a base de su diagnóstico, ya que no podría ser de otra manera, hicieron tratamientos, con un arsenal terapéutico necesariamente limitado.

Hoy ya no nos sorprenden procedimientos como la opacificación selectiva de territorios vasculares para la Cinecoronariografía y vemos como cosa habitual y corriente como minúsculos sensores registran ruidos intracardíacos que se gratifican por métodos fonocardiográficos; la determinación de presiones intracavitarias; el preciosismo diagnóstico de la Electrocardiografía y Vectocardiografía, armas tan útiles en manos del especialista y tan peligrosas en las del aficionado. No terminaríamos nunca si nos pusiésemos a hablar de marcapasos y trasplantes, de desfibriladores y prótesis de válvulas, de telemetrías y computadoras.

Mas si todo este progreso técnico es causa de admiración es también causa de temor.

Antaño, el médico fue el médico general, el internista; lo que había de aprenderse en medicina se lo podía aprender y aprenderlo bien, luego, el progreso sigue un ritmo de vértigo y la capacidad de aprendizaje es tan lenta y limitada que, ante tal discordancia, obligadamente habrían de surgir las especialidades, y hoy, en la vorágine de este avance, se inicia ya la proliferación de subespecialidades. Esto trae a mi memoria un concepto expuesto hace mucho tiempo por el profesor Samuel Sack, que me hizo sonreír cuando joven, pero que en mi madurez me hace meditar profundamente:

"El hombre trata de aprender cada vez más de menos, hasta que llegará un momento en que sabrá casi todo de casi nada".

Recordemos nuevamente el legado de Asklepios; volvamos nuestra vista al "Juramento de Hipócrates" y a los consejos de Esculapio y entonces nos sentiremos muy desagradablemente sorprendidos al

ver cuán lejos estamos del sacerdocio de ser médicos.

Estamos perdiendo el Humanismo, estamos olvidando el binomio Médico - Paciente, estamos minimizando el concepto de lo que es el hombre.

En mi criterio, y conste que resalto lo puramente personal de este criterio, pienso que son tres los factores que están deshumanizando a la Medicina.

La socialización, la mecanización y comercialización.

Para enjuiciar estos factores comprendamos que cada uno de ellos tiene múltiples facetas, por cierto, no todas son negativas ni tampoco injustificadas.

El paciente afiliado a un régimen de Seguridad Social, tiene indiscutiblemente protección; pero este paciente no busca a su médico. Habiéndose el hombre transformado en un número de Cardex, acude en la fecha, día y hora previstos a consulta con el facultativo X, el que en esa fecha, día y hora se encuentra de turno. En una primera entrevista, cuando de la obtención de una anamnesis se trata, ¿cuáles pueden ser los nexos afectivos que ligen a dos personas que se ven por primera vez y tan sólo por efecto de máquinas tabuladoras? El componente mágico que tiene la medicina, la fe y la confianza han terminado. El binomio Médico-Paciente ya no existe. Y no debemos olvidar jamás que el hombre no es un órgano ni un conjunto de órganos, no es un sistema ni una coordinación de sistemas; es algo mucho más complejo, es un ser que vive, que ama y que odia, que tiene alegrías y tristezas, que tiene, en fin, una personalidad definida a la que hay que respetar, a la que hay que comprender, y a la que hay que amar.

Sobre el progreso instrumental! ya hemos hablado; hemos dicho que cada vez el hombre va aprendiendo más de menos y no estará lejano el día en que conociendo casi todo de minúsculos cir-

cuitos integrados y botones de comando, sea ese hombre el que ponga en marcha las computadoras y esas máquinas con el ir y venir de electrones sean las que elaboren diagnóstico y terapia. En ese momento la medicina ya no tendrá razón de ser: un artefacto electrónico, una tarjeta de programación y tendremos construido un nuevo binomio: COMPUTADORA-PACIENTE; es decir, una medicina totalmente deshumanizada.

Y habíamos dicho comercialización. Y aquí también son varias las facetas. ¿Quién protege al médico? En un régimen estatal en que los rubros de Salud y Educación son totalmente preteridos, en que estamos viendo la miseria de los hospitales y la angustia de las universidades, el médico trata de sobrevivir; tiene familia; su condición de médico le causa mayores exigencias presupuestarias; necesita continuar con su proceso de actualización y aprendizaje; los libros son caros... Por consiguiente, necesita cobrar por sus servicios al paciente y cobrar lo justo.

Enfoco el tema con desgano, pues me veo obligado a tratar de algo que es completamente ajeno a la vocación del médico, ajeno a mi propia vocación. Hipócrates lo dijo: "Los que reducen las ciencias a una cruel necesidad de servirse de ellas para ganar dinero, se convierten en esclavos".

Alguna vez se me dijo que carecía por completo de espíritu comercial. Es la verdad, pero no me pesa. El espíritu del mercader se disfraza a veces de altruismo. ¡Qué amarga debe ser la riqueza que dejó sabor de lágrimas...!

Por su vocación de servicio, el médico deberá entregarse por igual a servir a los que viven en la opulencia y a los que vegetan en la miseria; no deberá mostrar servilismo ante el potentado y desprecio a los humildes; para él, no habrán castas ni credos; donde hay un dolor que aliviar y una vida que salvar, estará presente con su amor y su bondad.

Señores, recibo este homenaje, no a título personal. Lo recibo a nombre de todos aquellos que fueron mis maestros, de aquellos que me enseñaron a ser médico y a ser hombre. Enumerarlos... ¡imposible! Son tantos; pero no podría dejar de nombrar al que fue como un padre y maestro de ciencias y virtudes, el Dr. Eustorgio Salgado Vivanco, mi tío y al que fue mi maestro de ayer y hoy,

es mi venerado paciente y amigo, el Dr. Julio Enrique Paredes. En nombre de ellos les digo a ustedes gracias, ¡muchas gracias por rendir pleitesía a nuestra enseñanza!

Quito, diciembre 15 de 1978.

Dr. Marco A. Salgado Baldassari.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL